

mlu 519

20428

1095

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

10

Miguel Moreno

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

— 10 —

1955

mlu 519 (ms)

MIGUEL MORENO

Cantó con una maravillosa sencillez, con una perfección de fuente, de rocío, de lágrima... Fue el cristal melodioso pulsado por la brisa, el violín sensitivo acariciado por la luz, el agua pura besada de un ingenuo mensaje de pétalos... Conmovido y claro, admirable por su vocación poética de naturalidad asombrosa, músico tenue de los sentimientos más humanos, hizo de su dolor y del dolor de los demás intimista poesía, pero también palabra emocionada que no ha de acabarse jamás y que conquistará siempre las almas buenas, las almas nobles, las almas altas...

{Miguel Moreno, el de los ojos tristísimos y la frente añorando una ausencia inefable, dijo su voz sencilla y pura bajo un cielo de belleza imponderable: en el día, con un ambiente de campanas azules; en la noche, con una altura temblante de estrellas... La Cuenca de entonces, la de su canto, la de su arrullo inimitable, era pura, menos invadida de ruido, menos sabidora de cosas de fuera, íntimamente provinciana, oyendo aún en plenitud el canto de fina lira viajera de su Tomebamba soñador, la mansa plática dormida de su Tarqui pastoril, el donairoso cascabeleo de su Yanuncay moreno con morenez de muchacha enamorada... To-

avía su palabra fue escuchada por los amancayes del campo, por la planta de pequeños canarios que se llama retama, por el sencillo cofre de ilusiones de la flor del aire, por los incensarios húmedos de belleza de las hierbabuenas... Por eso su voz, su canto, su sentimiento, siguen sonando a estas cosas simples, a estas cosas nuestras, a estas cosas tan cuencanas...

Miguel Moreno, el auténtico creador de nuestro Romanticismo... Si, insisto en el término de creador, porque él lo trajo a la vida desde su propia vida, desde el lago encantado de su alma de poeta cuencano... Ninguna influencia le llegó de fuera, ningún maestro le dijo sugerencias desde otra orilla, ninguna página le tradujo emociones extrañas: vió su tierra de sueño, vió su alma triste de poeta, y cantó, causando envidia a la alondra y al ruseñor...

Digan lo que quieran los criticastros de gruesos tomos insustanciales y pesados, propugnen cualquier teoría los infatuados dueños de las glorias oficiales, Cuenca tuvo siempre, tiene ahora y tendrá por los tiempos de los tiempos su escuela poética creadora única, inconfundible, cuencana hasta lo más alto o lo más hondo... Y así fue también su Romanticismo, nuestro Romanticismo: no nos llegó de ninguna parte extraña, aquí nació, aquí vivió, aquí, en una mañana cuencana, con una brisa cuencana, con un florecimiento de gracia totalmente cuencana... Miguel Moreno lo encontró en su profundo sentimiento, lo halló bello, como su misma pasión poética y como el ambiente poético incomparable, y lo dijo pulcramente, sencillamente, cuencanamente...

{ En la poesía de Miguel Moreno habita una cuenca-

nia de amanecer o de anochecida nostálgica: de sus versos se desprende el rocío que tiembla sobre los pétalos tiernos o ese otro rocío intangible que se hace titilar de luz en los luceros... Se puede seguir su itinerario animico con las luces más simples y perfectas: la del sol bondadoso auspiciando la bohemia de las cigarras, la de la lámpara de la luna o la de los farolillos vibrátiles de los cocuyos... Es un poeta y es un cuencano: doble motivo de grandeza de alma...

De sobra sé que en este tiempo de charanga, de bulla verbal, de apariencias sonoras, la poesía de Miguel Moreno ha de saber un poco a voz infantil, a niñez del corazón... Pero está bien que así ocurra, es preciso que así ocurra: el camino de la infantilidad es el más sabio... Si el niño no es poeta, ha perdido su infantil esencia... Si el poeta no es niño, ha perdido su esencial conocimiento y comunión de poesía...

Para comprender a Miguel Moreno me parece mejor escucharle y amarle en sus propios lares... En hora serena, hacia la Virgen de Bronce o la orilla de la Virgen del Río, su voz adquiere exacta dimensión y significado... Se pertenece al alma del campo cuencano como cualquiera de nuestros paisajes...

Miguel Moreno es el poeta de Cuenca por naturaleza y vida, por ensueño y realidad... Aquí está: leedlo y amadlo vosotros los que aún tenéis amor por la belleza pura, los que conocéis la esencial y simple poesía, los que sois capaces del suspiro o la lágrima... Si no habéis tales condiciones, dejadle, dejadle presto: no se hizo la luz de las estrellas para las almas prosaicas ni canta el río su romance perfecto para los oídos enfermos de incomprensión...

Miguel Moreno, el creador de nuestro Romanticismo, ha dicho palabra poética purísima... Ella sigue y seguirá viviendo siempre, como nuestro cielo, como nuestra brisa, como nuestro Tomebamba...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

MIGUEL MORENO

ANTE UN NIDO

Contempla aquí este nido
y mira en él un ave,
un quindecillo tierno,
que ansioso el pico entreabre.
¿Qué dice este esqueleto?
¿Interpretar quién sabe
las tristes peripecias
y todos los contrastes
que guardan de este huérfano
los últimos instantes?...
¡Tal vez murió de frío,
tal vez murióse de hambre!...
¡Acaso ocurrió, ¡ay!, triste!,
que fue su pobre madre
en busca de alimento,
y astutos gavilanes
hicieron presa escasa
en corazón tan grande...,
y el infeliz polluelo,
en hondo y espantable
silencio, el que rodea
a un corazón sin madre,
murió, clamando al Cielo
algún socorro en balde!
¡El cómo de este drama
jamás lo sabrá nadie!...
¡Mas, de seguro, ha muerto
cantando la pobre ave,

lo mismo que se mueren
desconocidos vates,
sin otros compañeros
que el ritmo, triste enjambre
de estériles lamentos,
de cánticos y de ayes,
y el corazón, su nido
de amor y de pesares!...

LA ARIRUMBA

A una dorada arirumba
le cercaron lisonjeros
una inquieta mariposa,
un cristalino arroyuelo
y el céfiro vagaroso,
que llegó desde muy lejos.
Ella, entonces, requerida
por tres galanes a un tiempo,
preguntóles, uno a uno,
el motivo de su afecto.

Trémula la mariposa,
dijo con ardiente anhelo:
—Entrambas somos muy bellas,
entrambas vivimos presto;
nuestra suerte es parecida,
unamos nuestros afectos;
y en tus pétalos hermosos
de dorado terciopelo,
posaré estas alas de oro,
del mismo sol embeleso.
Mas yo tus tiernas caricias
a su ardiente amor prefiero:
no me desdeñes esquivo,
quiero dormir en tu seno...

Y respondió la arirumba:
—¡Ay! Mariposa, huye presto;

que el ideal de mi dicha,
que el ideal de mis sueños,
ni tiene amantes que mueren,
ni tiene un amor con celos.

Y vino y dijo doliente,
murmurando, el arroyuelo:
—Sólo yo, flor hechicera,
soy acreedor a tu afecto,
porque en mi margen naciste
y mis frescas linfas fueron
las que, fecundando amantes
tu germen en este suelo,
para encanto de los prados,
gallarda brotar te hicieron.
Mas si acaso me desdenas,
me moriré de despecho,
y quedarás a la orilla
de tu pobre amante muerto...
Ingrata flor, arirumba,
corresponde a mi amor tierno:
inclina hacia mí tu frente,
te daré el último beso...—
La flor respondió arrogante:
—De mi vida cuida el cielo,
y antes muriera dichosa
que comprarla con mi afecto;
que el ideal de mi dicha,
que el ideal de mis sueños,
ni tiene amantes suicidas,
ni tiene efimeros besos.—
Y el arroyo, enternecido,
murmuró un adiós postrero,
y huyó, llorando, llorando,
a los mares, allá lejos.

Al punto, el céfiro triste,
dijo revolando inquieto:
—Muévante, flor, mis querellas;

reina del pensil, ¡me muero!...
Traigo de remotos valles
para perfumar tu seno,
los delicados aromas
del florido limonero,
del nardo, de la azucena
y del floripondio esbelto.
Amame, flor peregrina,
y calma por un momento
la pena desgarradora
del infeliz extranjero.—
Y respondió la arirumba:
—Cefirillo, lleva presto
tus suspiros a otros valles,
que no te daré mi afecto
por aromas de otras flores
que te confiaron su seno:
huye, vuela; nunca, nunca
me engañarás lisonjero;
que el ideal de mi dicha,
que el ideal de mis sueños,
no tiene amantes que pasan
fugaces como los vientos...

Dijo, y el céfiro triste,
después de un suspiro acerbo,
por los valles y los bosques
huyó gimiendo, gimiendo,
hasta dar con una roca
y un ¡ay! exhaló postrero...

Triste después la arirumba
alzó su frente a los cielos,
y una gota de rocío
cayó temblando en su seno,
y dijo: —Flor pudorosa,
de los ángeles recreo,
soy la lágrima que amante
lloró de amor uno de ellos

al sorprender complacido
tus íntimos pensamientos.
De la solitaria luna,
oculta en un rayo vengo
a decirte que no esperes
encontrar en este suelo
esos amores que sueñas,
ardientes, castos y eternos,
porque ellos se hallan del mundo
allá muy lejos, muy lejos.
Pronto del sol de mañana
te agostará el vivo fuego,
y yo también, flor hermosa,
junto contigo habré muerto;
pero, en vapor convertida,
iré de la tierra, presto,
llevando en tu suave aroma
tu joya de mayor precio;
y a la hora de los amores,
cuando en calma y en silencio,
del crepúsculo renazca
el vespertino lucero
y se ostente engalanado
de lirios el firmamento,
resucitaremos juntos
en los jardines del cielo.

LA NOVIA

Corazón enfermo
y alma amante y sola,
si cantar pudiera:
¡Ya tengo mi novia!...

¡Qué triste la vida,
qué lentas congojas
sin unos amores,
sin una paloma!
Cualquiera, a los veinte,
vive en la memoria
de una rubiecita
cándida y hermosa;
y recibe flores,
y devuelve trovas,
y ama, si es amado;
si no, canta y llora.

Y yo, sin ventura,
sin ser una roca,
sino un vatecillo
que sueña y adora,
vivo que me muero,
soñando en la gloria.
¿Dónde hallaré un alma,
cual la mía, sola,

y las dos se encuentren
como dos palomas?
¡Si en vez de ser hombre,
yo fuera paloma,
ya un nido tuviera,
ya tuviera esposa!

¡Late, pecho mío!
¡Oh alma soñadora,
ya estás en el cielo,
ya vino la novia!

¿Quién más linda que ella?
¿Quién como mi DORA?
Aun no abre el capullo
mi abrioleña rosa.
Ni las auras sepan
¡silencio, alma loca,
que ya como a mía
la adoro a mis solas!

ENSUEÑO

Anoche he soñado, niña,
que yo era una gota de agua,
y que en unos lindos ojos
me vi convertido en lágrima,
lágrima de amor purísima,
que vertió, feliz, una hada
al declararle un poeta
su pasión, al son del arpa.

DORITA, corazón mío,
si tú quieres ser el hada
de mis amorosos sueños,
¡seamos, alma de mi alma,
tú la niña de mis ojos,
y yo una amorosa lágrima!

¡CHIS!

—En ti tan sólo pienso,
sólo por ti suspiro;
te sueño cada noche:
¡yo te amo, dueño mío!

—¡Calla, niña, no lo oigan
la muerte o el olvido!
¡Calla! ¡Lo sepan sólo
tu corazón y el mío!...

DOS CORAZONES

Dos corazones
que por los cielos
de la esperanza
vagaban solos
soñando amor,
ya se encontraron,

se comprendieron,
y al fin felices
ya no van solos,
¡ya no son dos!...

Cante la alondra,
vibren las arpas,
rían las flores,
se oigan los trinos
del ruiseñor.
Corazón tierno
del vate azuayo,
date a mí todo,
lleváte el mío.
¡Gloria al amor!

LAS TRES TORCACES

Después de primavera,
estío viene,
y en este tiempo aciago
todo se muere;
todo se muere,
pero muere más pronto
lo que se quiere.

Te acuerdas, madre mía,
de esa mañana
que yo saliera triste
de mi cabaña,
de mi cabaña,
oculta entre las rocas
de la montaña?

Tú sola comprendiste
la cuita acerba
que me hizo verter llanto
por vez primera.
Por vez primera
dijiste: —Quiere otra alma
por compañera...

—Las flores de amor crecen
llenas de espinas;
vive por siempre solo,

tu amor decía.
Y aún me decía:
—Sola es la luna, ¡oh, hijo
del alma mía!

Y yo repuse entonces:
—De amor las penas
se curan con sus mismas
hondas querellas;
dulces querellas
la luna cambia amante
con las estrellas.

Y al punto recordando
que, enamoradas,
las aves en la selva
también lloraban;
de amor lloraban,
sin duda, cuando solas,
cual yo, se hallaban;

Me dije: —Tan sólo ellas
comprender pueden
cuánto en sus ilusiones
mi alma quiere.
¡Ay! Mi alma quiere
llorar acompañada,
si amor la hiere.

Y fui a la selva umbría,
y a dos torcaces
oi se prodigaban
arrullos suaves.
¡Oh, cuán suaves
son de amor las ternezas,
madre, lo sabes!

Y un nido vi junto a ellas
de ramos secos,

albergue solitario
de dos hijuelos;
los dos hijuelos
piaban temblorosos
viendo a los cielos.

—Estos pichones, dije,
vendrán conmigo
cuando la tarde traiga
de allá, del río,
¡ay!, de ese río...,
a mi novia, a la dueña
del pecho mío.

Y pronto tres torcaces
serán mañana
las que en el huerto canten
de mi cabaña;
y mi cabaña
será el edén hermoso
de la montaña.

Ellas, las venturosas
reinas del bosque,
serán las confidentes
de mis amores;
y esos amores
harán brotar fecundos
nidos y flores.

Y si alguien las acosa,
será su asilo
mi madre, mi cabaña
y el pecho mío:
el pecho mío,
será para ti sola,
torcaz del río.

Y al irme bosque adentro,
ligero el paso:
—Ella, yo me decía,
me está esperando;
me está esperando
también como yo, triste,
de amor llorando.—

Mas no, como otras veces
la encontré alegre
jugando entre la grama,
junto a la fuente;
junto a esa fuente,
do una vez a la niña
besé la frente.

Ni hallé que en los caminos
había del monte
regado, cual solía,
hojas y flores;
silvestres flores,
cartas con que expresamos
nuestros amores.

Ni la vi que, sentada
bajo el aliso,
me estuviera esperando
cerca del río;
de nuestro río,
raudo cual los afanes
del pecho mío.

Y cuando, sin hallarla
llegué en el pueblo,
alguien me dijo a solas:
—Ve al cementerio...
Fuí al cementerio,

y ya la suerte de ella
no fué un misterio.

Leyendo de las losas
las inscripciones,
en una, la más nueva,
hallé su nombre...
¡Su caro nombre!
¡Cuán cortos días vive,
Dios mío, el hombre!

Ya me lo presentia,
pues tuve un sueño...
torcaz de negros ojos,
que te habias muerto;
y te habias muerto
sin conocer siquiera
mi pobre huerto.

Del ciprés de su tumba
nunca abandono
hacecillos que llevo
como despojos;
tristes despojos
de la niña a quien nunca
verán mis ojos.

De tarde a la cabaña
torné afligido
con el alma viuda
y sin destino:
ya, ¿qué destino,
sin amor, de la vida
por el camino?

Y de las dos torcaces
los dos polluelos,
por el cierzo ateridos,

ya se habían muerto;
y estaba muerto,
como el jardín de mi alma,
el de mi huerto.

¡Qué poco viven, madre,
las pobres niñas,
las flores y aves!... Viven
un breve día.
¡Qué breve día
de ilusiones, de aromas
y de armonía!

Y hoy, solo en mi cabaña
paso cantando
endechas, en que vierto
mi desengaño;
el desengaño,
estio para mi alma,
de todo el año.

Después de primavera
estio viene,
y en este tiempo aciago
todo se muere;
todo se muere,
pero, ¡ay!, muere más pronto
lo que se quiere.

RETRATO

No era la dalia arrogante,
ni el primoroso jazmin,
ni la torcaz azulina,
ni hermosa dama gentil.

—¿Qué era entonces la hija mía?
Yo la puedo definir...
El corazón de su madre,
mi corazón, ¡ay de mí!...

RECUERDOS

Cual si en torno a un sarcófago funesto
un grupo inmenso de aves revolara,
y a poco, heridas, descendieran muertas,
entre el gemir de vientos y de alas,
asi llegan de mi hija las memorias
—de cándidas palomas tropa alada,—
aletean, y al punto muertas caen;
¡mas como ella cayó, blancas, muy blancas!...

INSTANTE SUPREMO

Pues que soy su madre,
tenedme piedad!
Quitadle la toca
y el negro sayal;
de novia vestidla,
ceñidla azahar
y al punto los cirios,
al punto apagad.
Sólo está durmiendo,
¡ya va a despertar!

¡No clavéis la caja!
Caliente aún está,
y aunque esté ya muerta,
¡por Dios, esperad!
¡La tomáis en brazos!
¿Dónde la lleváis?...
Sangre de mi sangre,
¡tenedme piedad!
¡Yo os juro que sólo
dormidita está!

La muerte me ha abierto
la herida mortal;
no saquéis la daga,
pues si la sacáis

al punto mi pecho
se desangrará.
¡Traédmela! Es mía,
la quiero abrazar;
dejádmela, os ruego,
por siempre jamás.

¡Qué sola en la iglesia
la van a dejar!
¡Solita y a obscuras,
qué miedo tendrá!
¡Ponedla cien lámparas,
músicas tocad,
cantadle!... Dejadme,
la iré a acompañar:
las madres tenemos
amor inmortal.

¡Oh Virgen, oh Madre!
Aún puedo llorar.
Mas ¿qué es de mi niña?
¡Cuidadla, piedad!
¡Mañana! ¡Mañana,
presiento que allá...
espero en tus brazos
volverla a encontrar!
Recibela, Madre,
¡Dormidita va!

CORRESPONDENCIA

Ya no está mi alma
cual nebuloso
revuelto mar;
está, cual lago
de las montañas,
en soledad.
Vierte la luna
sobre la linfa
rayo fugaz:
rízase el lago
y en red de luces,
temblando está.

Así, en habla íntima,
mi alma y la suya
pueden cambiar
dulces ternezas,
en las historias
de aquí y de allá...

OTRO ANGEL

Ida a los cielos, del alar, del nido
mi golondrina blanca,
gorgoriteando cantos, un alegre,
un tierno gorrión me quedaba.

Cual si tratase de vivir el vuelo,
o prematuras ansias
y el dulce ardor sintiese de la vida,
era vivo-y precoz, ¡ave sin alas!

Sobre un hueco corcel de caña frágil,
en incesante marcha,
desde el patio al jardín, a la azotea,
era mi hijo el encanto de la casa.

Si cabe algún consuelo en la partida
de una hija idolatrada,
no es otro que de un grupo bullicioso
de alegres pequeñuelos la algazara.

Así, al verle, sentía; así, al rebelde
dolor, yo le engañaba,
y de su férrea cárcel un momento,
entre triste y feliz, huía el alma.

Cuando a poco la muerte, que sabía
en dónde se ocultaban

mis hijos, vino a él y dióle un beso,
¡y le hizo oír su voz, la voz de marcha!

Y de repente amaneció marchito,
y en vano con mis lágrimas
le acaricié. Ya mustios vi sus ojos,
y sus mejillas se tornaron pálidas.

Y en su muerta hermanita y en la Virgen
pensó con ansias,
¡y de unas mariposas que hubo muerto
llorando se acusó la horrenda falta!

Y presto de su hermosa madrecita,
como él solía llamarla,
despidióse en idioma de ternura,
¡y ella quedó al dolor anonadada!

Y fuése... Y otra silla en nuestra mesa,
otra cuna y el alma
de sus padres quedáronse vacías,
sin que un mar de dolor baste a llenarlas.

Y congojas sin cuento nos circundan
cual inmensa montaña,
¡y por ella, camino de los cielos,
lentamente ascendemos entre lágrimas!

VIDA Y MUERTE

Para recibir al huésped
ya todo se encuentra listo.
Sobre la modesta cuna
arreos de color vivo;
las tocas y los pañales,
de sutil y blanco lino,
olorosos a alhucema,
y la faldita del bautizo;
los regalos de costumbre;
la madrina y el padrino,
y hasta el nuevo hermoso nombre
que debe llevar el niño:
todo el amor de la madre
lo ha pensado, lo ha previsto.

Los semblantes cuán alegres
de los otros hermanitos:
ángeles de guarda hermosos
parecen haber venido,
cual mariposas que vuelan
entre cunas y entre niños.

Los sirvientes llegan, pasan
afanados, complacidos;
el hogar anuncia fiesta,
el cielo luce propicio.
Sólo la madre en la alcoba

gime y llora de continuo;
y —¡oh misterio!— de repente
exhala un agudo grito,
y palidece y se aterra
en súbito escalofrío.

Acecha la muerte junto
a la enferma, que en delirio
sombras negras le circundan;
y al hogar, antes festivo,
llegan en la noche lúgubre
un suplicio, otro suplicio,
¡y se transforma en tragedia
lo que iba a ser un idilio!

Y cuando llega la aurora
un cuadro alumbra sombrío.
¡dos cadáveres se velan
entre macilentos cirios!
La madre en las negras andas,
delante de un Crucifijo,
y, ¡ay, sin una cruz siquiera,
en su blanca cuna el niño!
¡El desdichado viajero
ha expirado en el camino!...
Le han puesto por cabecera
de sus pañales el lio,
y no lleva otra mortaja
que su falda de bautizo.

¿Y el esposo y padre? ¡Vedle
aterrado, loco, lívido;
ya a los féretros se arrima,
ya huye de ellos aturdido,
cual si le acosaran sierpes
o le atrajera el abismo;
hasta que al fin en los brazos
de la madre acuesta al hijo,

y con lágrimas de sangre
baña a los dos, y solícito
les entreabre y clava al punto
el negro ataúd él mismo!
¡Y al entregarles al sueño
de la tierra, ciego, lívido,
lanza al mundo, al cielo lanza
de su dolor el rugido!

¡SIEMPRE!

Sombra querida de mi muerta amada,
que, adurmiendo a mi mustio corazón,
alimentas la luz de los recuerdos
en mi perenne noche de dolor!
Cuando mañana torne, indiferente,
de la vida a la horrenda confusión
y me cerquen las sombras de los vivos,
entre quienes vagando irá mi amor,
¡sombra de DORA, ven, no te disipes,
sombra del corazón!

CANTARES DE ELINA

Críe una paloma hermosa,
mi esperanza y mi ilusión;
mas ella huyó, veleidosa...
¡Ay, paloma!... ¡Ay, corazón!...

Palomita de mi huerto,
de ojos de dulce mirar,
¿conque es cierto, conque es cierto
que huiste del palomar?...

Yo formé del pecho mío
un nido para ti fiel;
y ahora lo dejas vacío:
palomita, ¡eres muy cruel!

¡Quién me diera, en mi tormento,
arrancar del corazón
tu imagen o el sentimiento
de esta horrible decepción!...

Aprende: esas dos palomas...
van juntas en pos de ti,
y aunque traspasan las lomas,
juntas vuelven hacia mí...

Y me dicen: —¿Hasta cuándo
te ha prometido volver?...—

Y les contesto llorando:
—¡Mañana, al amanecer!...

Y de mañana en mañana
va creciendo mi dolor,
y con él, ¡suerte inhumana!,
¡también se aumenta mi amor!

Vuelve, palomita ausente;
mi pecho es tu palomar;
¡como supe amar ardiente,
así sé yo perdonar!...

¡Ay! ¿Por qué das al olvido
que te ofreci con amor,
para que tejas tu nido,
rosas y malvas de olor?

Como un inocente niño,
cuanto tuve te ofreci;
aun de mi madre el cariño
lo sustraje para ti...

Si al nacer hubieras dado
a la tierra tus despojos,
no te habrían visto ni amado
mi corazón y mis ojos.

Mas creció en el pecho mío,
al par que tú, mi pasión;
ahora lloro mi desvío,
¡Ay, paloma!, ¡Ay, corazón!...

¡Vuelve, palomita ausente;
mi pecho es tu palomar!
¡Como supe amar ardiente,
así sé yo perdonar!...

Vuelve, vuelve, te lo ruego
por nuestro soñado edén,
por mi amor ardiente y ciego,
y por el tuyo también.

Mas ya no tendrán su día
tanto amor, tanta ilusión.
¡Adiós, esperanza mía!...
¡Queda muerto el corazón!...

¡ES EL!...

Quién es aquel que tético
y solitario vive
en las riberas áridas
de ese desierto mar,
y que con mano trémula
sobre la arena escribe?
¿Por qué le miro pálido
alguna vez llorar?

—Es él, poeta lírico
de corazón ardiente,
que sueña con las sílfides
y vive del amor;
y un día y otro inspirase
en su castalia fuente:
la fuente de las lágrimas,
la fuente del dolor.

LA NIÑA Y EL ESCRIBANILLO

Escribanillo, di, ¿qué
escribes sobre las aguas?
—Ay, niña, estoy dando fe
del juramento que acaba
de hacerte el joven que aquí
te espera tarde y mañana!
—¿Es posible? Pero allí
yo no veo escrito nada.
—Así no verás, Leonor,
que él te cumpla su palabra;
pues las promesas de amor,
¡son cual firmas en el agua!

NO PUEDO AMARTE

OSCAR Y ELISA

Por qué al verme, pobre Elisa,
amargo llanto derramas?
—Porque el corazón me avisa
¡que no me amas, que no me amas!...

—Oye, paloma inocente,
llorando contarte quiero
la historia tierna y doliente
de mi triste amor primero.

Dos lustros há, cuando niño,
a una niña amaba yo;
correspondió a mi cariño,
la pobrecita me amó.

Iban su amor y ternura
creciendo de día en día;
te diré, con amargura,
cómo me correspondía:

Al principio coloreando,
poco después sonriendo,
luego amorosa mirando,
y, al fin, mi mano oprimiendo.

Mas vino la muerte un día;
y escucha lo que pasó,
cuando, cercándola impía,
de mis brazos la arrancó.

Tomando su mano helada,
no amar a otra le juré,
y dije: "Junto a mi amada,
corazón, te enterraré!..."

Y ella, en su dolor profundo,
"Si me olvidas, dijo, espero
que muera tu amor segundo,
como muere tu primero!"

Y así, mi seno buscando,
como si sintiese frío,
me abrazó y, agonizando,
murió sobre el pecho mío!...

Hoy yace en la desolada
tumba de mi corazón,
esa prenda idolatrada
de mi primera pasión.

Por esto te ruego, hermosa,
no me mires, ni te ostentes
con faz teñida de rosa,
con ojos tan elocuentes.

Pues al verte coloreando,
temo verte sonriendo,
¡más tarde, enferma llorando,
y entre mis brazos muriendo!...

¡Ay, no llores, huye, olvida!
Si unes tu suerte a mi suerte,
al buscar en mí la vida
habrás de encontrar la muerte.

Mas si te hiere el desdén
con que te miro insensible,
toma mi vida más bien,
pero mi amor, imposible...

Y deja que, en mí quebranto,
de esa pasión los despojos
humedezca con el llanto
que van vertiendo mis ojos.

—¿Por una muerta pasión
tan triste llanto derramas?...
Bien me dijo el corazón
¡que no me amas, que no me amas!...

LA FLOR DE LA DICHA

I

Rodeado de retamas
y carrizales
y rico de verdura,
se ostenta un valle,
do el alba perlas
prodiga, y lindas flores
- la primavera.

Allí medra una planta
de cuyas hojas
roba el ligero ambiente
gratos aromas;
y que florece,
dicen las jardineras,
muy pocas veces.

¡He visto a muchas niñas
en ese valle,
con afán esas flores
buscar de tarde,
porque decían
que ellas presagian siempre
no sé qué dichas!...

Y luego tornar tristes,
pues que no se halla,
sino de vez en cuando,
flor tan deseada.
¡Quién les dijera:
"La flor de la ventura
no es de la tierra!"

¿Por qué es que no florece
tan bella planta?
Oigamos lo que cuentan
de ellas las auras.
Niñas traviesas,
que ambicionáis sus flores,
oídme atentas.

La triste planta, dicen,
miró marchita
a otra su compañera
siempre florida,
y, acongojada,
le preguntó el motivo
de tal desgracia.

Y tristemente aquella
respondió entonces:
"Mostréme engalanada
con bellas flores,
y gocé un tiempo,
mas pronto me cercaron
viles insectos.

"¡Ciamé, pero mis ayes
desoyó el Cielo,
y al florecer, marchita,
me inclino y muero.
Guarda que mueras
apenas te engalanes,
¡no, no florezcas!"

La planta escuchó triste
lo que le dijo
aquella, desgraciada
por sus hechizos;
de entonces teme
mostrarse seductora,
y no florece.

II

Imagen eres, bella
planta sin flores,
de un corazón que vive
sin ilusiones,
y al que ni un día
le asaltan las congojas
que amor prodiga.

¡Oh, niñas, que sus flores
buscáis en balde!
¿Queréis ser venturosas?...
Pues imitadle:
por su modestia,
esa planta se llama
la yerbabuena.

CANTOS NO ACABADOS

A Honorato Vázquez.

Qué de cantos se principian
para no ser terminados,
porque se entristece el alma
y el corazón desmayado
las alas pliega, cual madre
que agotó todo su llanto!
Tú lo entiendes, lo has sentido,
y dices muy bien, hermano:
"Son como telas de araña
esos inconclusos cantos".

He visto a ese insecto humilde
comenzar con entusiasmo
la red que darle podría
el sustento y el descanso,
y he visto luego a una mosca
venir y pasar volando,
y echar por tierra a la obrera
con su esperanza y trabajo.

Así nacen y así mueren
los pobres cantos de un bardo...
También una tela urdimos
con nuestros sueños dorados,
y en largas horas de insomnio
pasa la mente escuchando

los ritmos y las cadencias
de un canto, ¡qué hermoso canto!
Pero viene la alborada,
y anhelosos despertamos,
ansiendo vuelvan los sonos
de ese cántico soñado...

—Repite, ¡oh, ardiente musa!,
los sublimes arrebatos
y las pausas deliciosas
y los sollozos ahogados...
y por la cláusula ardiente
del idioma soberano,
sepa el mundo lo que sueño,
sepa el mundo lo que canto...

Y ¡nada!, nada, ¡Dios mío!,
tan sólo silencio amargo
del corazón casi muerto
en el lúgubre santuario.
Y, como moscas errantes,
llegan fúnebres zumbando
algunos recuerdos tristes
que revuelan solitarios
al rededor del cadáver
de algún amor olvidado...
Ya de una esperanza muerta
se ve el sepulcro lejano;
ya los restos de un afecto
que en la alma se están velando...
¡Ay! El corazón entonces,
lo sabes muy bien, hermano,
¡cuánta sangre en vano vierte,
cuánto lucha, gime cuánto!
Y ¿al fin?... Al fin sólo queda,
en medio de un fondo blanco,
algún título pomposo,
renglones medio borrados,
camino por donde ha ido

el corazón como a saltos:
quizá una lágrima tierna,
gota de hiel o de bálsamo
con que ungimos piadosos
las cenizas del pasado...
¡Se descubre en esas líneas
una herida que hace años
se cerró, y a cuya vista
huye el alma con espanto!
¡Se escucha el eco perdido
de un tiempo hermoso y lejano,
se escucha ardiente reproche
a un ser que está perdonado!
¡Fugaces telas de araña,
pobres cantos, tristes cantos,
tesoro que los poetas
tienen en su alma guardado;
niños que en el vientre mueren
de sus madres; cuánto, cuánto
de dolor traen al pecho
y a los ojos lloro amargo!...

Esos cantos de otro tiempo
acaba, dices. ¡Hermano,
pide también que a la vida
vuelvan los sueños pasados;
que se recoja de nuevo
todo el llanto derramado,
que se fundan, que se junten
del corazón los pedazos!...

UN PETALO DE ROSA

A mi querida Madre.

I

Cierta mañana limpia y serena,
de un bullidor arroyo a las orillas
vi un erguido rosal que sustentaba
un racimo de rosas purpurinas.
Por la tarde volvi, y hasta las hojas
el airoso rosal perdido habia,
pues furioso aquilón toda su gala
le arrancó destructor en su partida,
y un pétalo no más de aquellas rosas
enclavado dejóle en una espina.

II

Cuando en mis horas de mortal quebranto
nada digno de amor hallo en la vida,
y al corazón le siento moribundo
entre sangrientas y ásperas espinas,
entonces, madre, compasiva vienes
y con tu llanto curas mis heridas.
Y cuando todo me abandona inestable,
sólo me quedas tú, madre querida,
oculta de mi pecho en lo más hondo
y enclavada, amorosa, a mis espinas.

LA GARZA DEL ALISAR

Tendido sobre una roca,
orillas del Macará,
suelta el ala del sombrero,
melancólica la faz,
macilento y pensativo
joven simpático está,
que así le dice a un correo
de Cuenca, lleno de afán:

—Correo que vas y vuelves
por caminos del Azuay,
adonde, triste y proscrito,
ya no he de volver jamás;
dí, ¿qué viste de mí Cuenca
en el último arrabal,
en una casita blanca
que a orillas del río está,
coronada de un molino,
perdida entre un alisar?

—Diez días há que saliera
de los valles del Azuay:
yo vi del río a la margen
la casa de que me habláis,
coronada de un molino,
perdida entre un alisar.

—Está bien, ¿pero no viste
en este sitio algo más?...

—Os contaré, pobre joven,

que vi una tarde, al pasar,
una niña de ojos negros
y belleza angelical,
toda vestida de blanco,
vagando en el alisar...

—¡Ay! no te vayas, correo,
por Dios, suspende tu afán;
tú, que dichoso visitas
las calles de mi ciudad,
aunque estés de prisa, dime
de esa joven algo más.

—Caballero, cual los vuestros,
cual los vuestros eran, ¡ah!,
los ojos encantadores
de esa niña del Azuay:
tras de unas negras pestañas,
como el sol que va a expirar,
velado por densas nubes
que enlutan el cielo ya,
melancólicos, a veces,
miraban con grande afán
a todos los caminantes
que entraban a la ciudad.
Pobre niña, pensativa,
cubierta la hermosa faz
con sombras de honda tristeza
y una palidez mortal,
otras veces contemplaba
las hojas del alisar

que, arrastradas por el río,
no volverían jamás.

Pobre niña, no lo dudo,
estaba enferma, quizá.
ese momento se hallaba
pensando en la eternidad.

—¡Ay!, mi correo, correo
tan veloz en caminar,
tú que dichoso transitas

por donde mi amor está,
dime, por Dios, si supiste
de esa joven algo más.
—Cuando una vez de mañana
paseábame en la ciudad,
vi esparcidos por el suelo
rosas, ciprés y azahar,
que formaban un camino
que, yendo desde el umbral
de una iglesia, terminaba
en la casa de que habláis.
Luego escuché en su recinto
el tañido funeral
de una campanilla, y luego
de la salmodia el compás,
y olor de incienso aspiraba
el ambiente matinal...
—Dime, amigo, ¿no supiste
quién se iba a sacramentar?
—Una niña a quien llamaban,
por su nivea hermosa faz,
porque de blanco vestía.
¡La Garza del Alisar!
—¡Oh! ¡Basta, basta, no sigas!
Es ella... ¡Suerte fatal!...
¿Y habrá muerto? —Era de noche
cuando dejé la ciudad,
"olor a cera y a tumba"
percibí en el Alisar...
—¡Valor! No tiembles, termina...
¡Mi suplicio es sin igual!...
—¡Infeliz! Yo vi las puertas
de la casa... —Acaba ya!
—Con un negro cortinaje,
abiertas de par en par...
—¡Bendito seas, Dios mío,
acato tu voluntad!
Ella muerta, yo entretanto

proscrito, enfermo, jamás,
jamás veré aquellos ojos
que empezaban a alumbrar
mi camino... nunca, nunca,
sino allá en la eternidad...

LA FLOR DEL MOSQUITO

Solitario, inquieto y triste
como un enfermo del alma,
revuela y gime un mosquito
de un limonero en las ramas.

¡Oh, cuan hermoso el insecto
zumba tenúe como el aura!
Pétalos de pensamientos
semejan sus breves alas.

Es Agosto: al limonero,
de su primorosa gala
de primavera, le queda
tan sólo una flor lozana.

Ella, al contemplarse hermosa,
se siente tímida, y cándida
entre las hojas se esconde,
como en urna de esmeralda.

Pero la mira el mosquito,
su tierno amor la declara,
y por besarle en el cáliz
en vano vuela y se afana.

Porque la flor, pudorosa
y, más que hechicera, casta,
al sentirse requerida,
pliega su broche de nácar.

Hasta que al fin, el mosquito,
perdida toda esperanza,
muere de amor, y se entierra
del árbol en la hojarasca.

Y la flor, enternecida
y ya tarde apasionada,
en la tumba de su amante
copioso llanto derrama.

Y luce la aurora, y viendo
secarse a la flor galana,
le pregunta compasiva
de sus dolores la causa.

Cuenta el azahar la historia
de ese desdén, que hoy, en llama
de vivo amor, corresponde
a esa pasión desdeñada.

Y la aurora, sonriendo,
promete calmar sus ansias,
en obsequio a su ternura
y su amorosa constancia.

Vierte la aurora rocío
sobre la yerta hojarasca,
y la flor, adolorida,
une su llanto al del alba.

Y al limonero adherido,
resucita una mañana
el mosquito, transformado
en flor hermosa y lozana.

Y entre el canto de las aves
y la música del aura,
se desposan con un beso
las flores apasionadas.

MARTIRIO

Quiénes son éstos
que así, solícitos,
entrada piden
al pecho mio?...
—¡Yo soy la Pena!
—Y yo el Olvido,
de tus congojas
el lenitivo.

¿Nuevos dolores?
¿Otro suplicio?
¡Adentro, Pena!
¡Atrás, Olvido!

COMO FUERA

Si por dicha de ella y mía
nos viéramos de improviso,
al punto yo le diría:
—¿Cómo es el Cielo, bien mio?—
Y ella me contestaría:
—Dime, ¿cómo están mis hijos?...

PINCELADA

Envuelta en las tocas
de sus grandes alas,
a orillas del lago
dormita esa garza,
triste y aterida,
muda y solitaria.
Día a día viene
y quedase extática
encima un guijarro
que lamen las aguas.
¿Si será esa piedra
la pesada lápida
de una amada muerta?
¡Pobrecita garza!

Pero de las nubes
se desprende y baja
algo como una ave,
vaporosa, blanca.
Vuela, vuela, viene,
cada vez se agranda;
ya llegó en el lago,
¡ya son dos las garzas!...
Mirad cómo juega
la pareja amada;
creo que se besan,
al cruzar las alas;

¡Mirad qué alegría!
Húndense en las aguas,
ciénense en el aire,
pósanse en las algas...

Ya la noche cierra;
ya el bosque las llama;
las espera el nido
del amor... ¡Bien hayan!

¡Y a mí la neblina
deme una mortaja!
¡A un nido que ignoro
mis muertos me llaman!...

LAS TRES TORCACES

"Después de primavera
estio viene,
¡y en este tiempo aciago
todo se muere!
¡Todo se muere!
¡Pero muere más pronto
lo que se quiere!..."

¡Así canté a unas aves
que se murieron,
de mi reciente luto
presentimientos!
Hora me explico:
¡las TRES TORCACES eran
DORA y mis hijos!

Hijos y esposa amada,
torcaces mías,
desde que de mi lado
allá sois idas,
allá a los cielos,
de día sois memorias,
de noche ensueños.

¡Húmedas con la aurora
las flores miro.
¿Si será el llanto vuestro?

¿Si será el mío?
¡Sea del cielo
o de la tierra sea,
¡juntos lloremos!

¡Medrosas noches negras,
tardes brumosas!
¿No es verdad que parezco
flor sin aroma,
ave sin nido,
y en los míos pensando,
vivo y no vivo?

Viuda alma que lloras,
y al Cielo clamas,
¿acaso no te digo
que al Cielo vayas,
que allí te esperan
almas que amaste, y tanto
te amaron tiernas?

¡Lamento son mis cantos,
torcaces mías!
¿Dónde están las lejanas,
las infinitas
claras mansiones?
¿Llegan allá o no llegan
nuestros clamores?

Del mar de la existencia
acá en la orillá,
todo es sollozo y ayes
de despedida.
Allá en la ignota
ribera de otros mundos,
¿se canta o llora?...

Mi hogar cubren las sombras
del cementerio,

en él llorando, al cabo,
tenemos miedo;
y por si alguno
se haya ido, nos contamos
uno por uno.

Los nombres de los meses
en que os perdiera,
los nombres de vosotras
queridos llevan.
¡Ay, cuántos nombres!
¡La sombra de una sombra,
no es más el hombre!

Después de primavera,
estío viene,
y ¡en este tiempo aciago
todo se muere!
¡Todo se muere!
¡Pero muere más pronto
lo que se quiere!...

EN LAS ESTRELLAS

En un inmenso mar de róseas nubes,
como brillantes ojos de querubes,
los astros miran desde el cielo azul.
¡Qué noches, luminoso,
un grupo de ellas muéstrame el hermoso
símbolo del amor, la Cruz del Sur!

Si son partes del Cielo esas estrellas
y ya gozas feliz en una de ellas,
inebriada en eterna beatitud,
dime, a que pueda yo llamarla mía
y hacerte cada noche compañía,
¿en cuál de esas estrellas vives tú?...

ESCENA FINAL

Es la hora del crepúsculo.— Llegásteis
cabe el umbral de la heredad paterna.
Cuatro años no he podido
rendirme a esta hora de dolor funesta.
¡De rodillas el Angelus, y adentro
llanto en los ojos y en el alma pena!
¡Esta es, mis pobres hijos, la alquería
donde crecisteis a la sombra de ella!
¡Nido de amor labrado por entrambos
para vosotros, adoradas prendas!
¡Entremos en la alcoba desde donde
partió en la noche aquella!...
¡Nada ha cambiado aquí! Mudos testigos
de nuestra dicha muerta,
las insensibles cosas que quedaron
en las salas desiertas,
ved: —la imagen de Cristo, en cuyo seno
rodó su amante lágrima postrera,
prenda de salvación. ¡Esta es la Virgen
a quien legó sus hijos y su pena!
¡Aquí su lecho está, y allí la cuna
donde arrullar debiera
al último polluelo,
que sin gozar la luz murió con ella!...
¡Aquellos los pañales
de la tenaz solicitud materna!
Y son estas las flores que a la Virgen

le pusisteis, llorando, a que no muera.
¡Santuario del amor, cómo has guardado
estos recuerdos de su ausencia eterna!
¡Señor, Señor! ¡Si os mueven nuestras lágrimas,
permitid que un instante a vernos vuelva!
¡Abramos las ventanas, y ampliamente,
con la áurea luz, penetre más tristeza
en nuestros corazones, contemplando
cuán marchito el jardín de primavera!
¡Imagen dolorosa de nuestra alma,
silencio y soledad, flores deshechas!
El musgo y las ortigas han cubierto
de las sendas de ayer las leves huellas:
lo mismo que su tumba
cubre aquí el manto de silvestre hierba,
y apenas se distingue el sitio oculto
donde sembró las flores predilectas.
Aquí estaban las áureas arirumbas,
allá las azucenas;
del ciprés a la sombra se ocultaban
las tristes rosas negras;
junto a este pino platícar solía
ella en la tarde, al fin de la faena.
Desierta, cual la tumba en donde duerme,
en lobreguez envuelta,
contemplo la colmena en donde estuvo
el enjambre, el panal de su abejas.
¿Qué se han hecho las aves que anidaban
allá en la enredadera?...
¡Emigraron, quizás, como mis muertos,
dejando sobre el nido plumas sueltas!
¡Cuán crecidos los árboles que un día
plantó mi jardinera;
mas ¡ay! sin la caricia de sus manos
desaliñados y en desorden medran!
¡Al pie de este naranjo, aquí enterraron
mi travieso David, mi pobre Hortensia,
presagio, al fin, de su viaje eterno,
una paloma muerta!...

¿A qué traer inútiles memorias?
¡Que en silencio la pena
taladre nuestros pechos! ¡Tiernas preces
elevemos por ella!...
Velad en esta noche, fervorosos.
Quizás a vernos venga,
y un ósculo de amor, amante, imprima
en las mejillas frescas
de los hijos, a quienes pequeñuelos
dejó cuando se fuera!...
Mas, ¿por qué reprimir el justo llanto?...
¡Os aguarda una fúnebre sorpresa!...
¡Que corran nuestras lágrimas,
abramos ancho cauce a nuestra pena!
¡Descorred, hijos míos, aquel velo,
mirad la urna funesta!...
¡Allí guardo sus restos, las reliquias
que ayer me devolvió la fosa negra!...
¡Prended aquellos cirios
que ardieron esa noche en torno de ella!
¡Mi corazón ansia
otra vez percibir incienso y cera,
y otra vez abrumarse bajo el peso
de inagotable pena,
y contemplar con ansias dolorosas
velándose a mi muerta!...
Amola aún, Señor, como la amaba,
como en la aurora aquella
que el uno al otro, amantes, nos pusimos
el anillo nupcial, de amor en prenda.
Permite que estos cirios
sean de mí pasión postrer emblema.
¡Que el calor y la luz suban al Cielo,
y caigan en la tierra
mis lágrimas ardientes
en holocausto a ella!...